

HUGO GUTIERREZ VEGA

VOZ VIVA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

HUGO GUTIERREZ VEGA

Dr. Guillermo Soberón Acevedo
Rector de la UNAM

Dr. Fernando Pérez Correa
Secretario General Académico

Ing. Gerardo Ferrando Bravo
Secretario General Administrativo

Arq. Jorge Fernández Varela
Coordinador de Extensión Universitaria

Lic. Gerardo Estrada Rodríguez
Director General de Difusión Cultural

Marisa Magallón
Departamento de Grabaciones

VOZ VIVA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PRESENTACIÓN

HUGO GUTIÉRREZ VEGA: BAJO EL SIGNO
DE ACUARIO Y DE LAUREL Y HARDY.

"...the conscious impotence of rage
at human folly, and the laceration
of laughter at what ceases to amuse".
Eliot.

I

En un país donde los poetas siguen siendo lo que siempre fueron, románticos adictos al tono mayor, donde poesía se escribe con mayúscula de bronce oficial, donde sólo se permiten dos variantes del mismo eterno tema literario ("Mi dimensión es la grandeza", lo dijo Yáñez) y se puede ser grande y culto *traduit du français*, obseso por cósmicos sentimientos, seguidor de terrenales ritmos, poseído por erotismos sísmicos, floreciente de sutiles alusiones que sólo los amigos entenderán y publicarán en cerradas hermenéuticas, orador de verbo oscuro y brillante al mismo misterioso tiempo, heredero de Horacio y Góngora y Lautréamont, artífice del idioma, colmado árbol de signos, depósito infinito de metáforas.

O, segunda alternativa, se puede optar por la bélica melena combativa, por la crónica y gástrica indignación profesional, por la bomba y el grito, por la cuidadosamente calculada brusquedad, por la policial tortura del idioma, por el placer de ser hirsuto fauno de un sexo que desconoce la decadencia del jabón, por ser Testigo de la Historia, liberador de Iberoamérica a lanzadas de verso libre, esgrimidor temible de firmas en manifiestos multitudinarios, opositor del régimen, poeta de la política en un país donde todo, totalmente todo, es política pero donde la política no sirve para nada y es perfecto ejercicio de frustración, aunque para algunos la política sea continuación de la poesía, es decir, eclosión del ego, íntima dulzura del poder y... alimentos terrestres. En este país se puede intentar ser el Gran Poeta Sabio o el Gran Poeta Indignado y nada más.

Y Hugo Gutiérrez Vega ante tal opción, ante tan telúrica encrucijada ha preferido quedarse con la nada, es decir, con el tono menor y con la suprema herejía mexicana del humor. Ha preferido como poeta, la no-existencia, el margen, el destino de exilado aristocrático e irónico como aquel personaje de Bulgakov que domaba cucarachas en Constantinopla.

H. G. V. así se acepta y así se nos presenta:

"Para que se enteren de lo fácil que es

por Guillermo García Oropeza

manipularme, obligarme a decir
y a hacer cosas,
que en el fondo
no quiero
ni decir
ni hacer,
les diré:
mi signo es acuario,
he profesado
por lo menos
cuatro ideologías y dos religiones,
he tenido nueve trabajos diferentes
y no acostumbro
hacer huesos viejos
en ninguna parte".

Desusado poeta que en México, *of all places*, nos confiesa haber tenido cuatro ideologías, todas, presumiblemente, equivocadas. Pero H. G. V. va más allá y al definirse como poeta, como *Poeta*, nos dice:

"Porque soy un señor domesticado
que escribe versos..."

Quizás la humildad de H. G. V. frente al oficio de poeta esconda una pequeña desconfianza mordaz frente a esos poetas que pueblan nuestro desolado ateneo:

"Los poetas dijeron versos
y agitaron sus plumas en el gran salón.
Al día siguiente varias sirvientas
lucieron plumas de pavo real
en sus sombreros viejos.
Ellas opinan que los recitales son útiles
a la República."

Esos poetas que se atacan con puñales de utilería y que tan perceptivos son a todo, menos a lo obvio. Esos poetas, flor y canto de nuestro subdesarrollo, con el ego en carne viva, con la mente ru-

miando siempre y transformando lecturas para por fin dar a luz a otro prodigioso roedor:

“¡Qué aburrimiento!
Los poetas
asestarán al pueblo sus lamentos,
su fingida protesta,
sus metáforas tersas,
las catorce gacelas del soneto,
tres palomas azules
iguales a otras tres
que fueron en el tiempo”.

Qué lejos estamos aquí del arquetípico poeta, del Bardo de nuestro modernismo, del vidente, del oráculo, de esa alma privilegiada fuente del sentimentalismo colectivo. Del poeta cuyos efluvios sublimes se transforman, acompañados al requinto, en la lírica de la cantina y de la serenata. (Ver “Amor Perdido”, obituario de tantos Méxicos).

Y sin embargo, la ironía de H. G. V. no se dirige contra todos los poetas, quizá tan sólo contra aquellos cuyas palabras son sólo palabras.

A los verdaderos, al viejo Apollinaire, a Pavese, H. G. V. escribe palabras devotas pero jamás retóricas. Una tristeza íntima anima “Nota Roja”, el poema que despide a Pavese y una gran medida el “Homenaje” al poeta soldado (“Estás ahí / solo ante la guerra / rompiendo tu retrato...”), medida tan opuesta a los arrebatos que, en nuestra poesía, sacuden a las filiaciones poéticas.

Incluso frente a una ocasión abiertamente trágica como lo fue la muerte de un joven poeta amigo, H. G. V. no abandona su muy personal mezcla de humor y reticencia:

“No exagero, poeta. No hago tu elogio fúnebre. (La oratoria te daba desconfianza, bien lo sé). Digo todo esto dando una cabriola de cine mudo, saludándote con mi vieja corbata”.

El mismo respeto le inspira la poesía cuya definición busca:

“La poesía entonces
tiene que contar algo,
describir los reflejos
de la luz del gran canto
en los espejos interiores”.

Y como todo poeta cree que: “El corazón del mundo es de palabras”.

H. G. V. delata su poesía en una literatura, no es un poeta espontáneo de inspiraciones congénitas sino un viejo y empecinado lector de muchos libros aunque pocos sean los decisivos: Eliot, Montale, Pavese, Catulo y los más transparentes poetas del 27. Y quizá los árabes andaluces, maestros de un sensualismo total que incluye el sensualismo supremo de las cosas simples.

Pero sus aficiones literarias no le impiden burlarse de ciertas debilidades y excesos de la Literatura. Dos breves poemas transparentan esta burla:

“De algunas traducciones al español se desprende
que los poetas mayas pasaron gran parte de su vida
lloriqueando”.

y

“Borges ha traducido
estudiado y comentado

a treinta poetas sajones
y a tres poetas árabes
que nunca existieron.
Sus traducciones son particularmente fieles.
Se espera que muy pronto
otro estudioso del tema le proponga
algunas rectificaciones”.

Poeta en guerra civil con la poesía, atraído y repelido por ella, este “señor domesticado que escribe versos” tiene sobre sí la maldición adicional de los intereses múltiples. Porque H. G. V. también es actor perpetuo, diplomático en nuestro desolado Servicio Exterior, abogado de causas perdidas, entre otras la Cultura Universitaria, periodista algunas veces, conversador siempre y en sus juventudes ya lejanas culpable de lamentables excesos y equivocaciones como la Oratoria, la Oposición y, de nuevo, la Cultura Universitaria encarnada entonces en una rectoría queretana que terminó a palos, como buena farsa española.

Olvido una afición adicional de este poeta ya tan disperso: la de viajar (como Marco Polo, en viajes reales ornamentados con ciertas imaginaciones). Todo parecería conocer H. G. V. minuciosamente, incluyendo ciertos países de la más lejana Europa poblados por magníficos condes vampiros ya domados por el socialismo así como una Samarcanda asiática y andaluza que le inspira una serie de novísimas jarchas.

Pero dos países, quizá tres, le demandan lealtades supremas. Uno de ellos, inevitablemente, es Italia, la de Montale, la de Pavese pero también la de D’Annunzio y de esa oratoria poética rica como cremosa repostería, sostenida por voces, que como la de H. G. V. han escapado de la ópera.

II

“Questo viaggio chiamavamo amore”
Dino Campana.

Italia se le da, envidiablemente, en una estancia prolongada y febril. Representa a México como agregado y con ese pretexto puede leer a sus anchas el gran texto italiano. Esa literatura que fue, hasta hace unos años, tan distante a nosotros que sólo podíamos acercarnos a ella a través de malas traducciones argentinas o de buenas traducciones cinematográficas, le da a H. G. V. una sorpresa permanente.

Allí encontrará múltiples identidades: el intimismo bajo las barrocas superficies, la difícil sencillez, el sensualismo solar, la supervivencia obsesionante de la historia, la inevitable mezcla de las artes, el sentido teatral de la existencia.

Sin poder evitarlo H. G. V. se convierte en adicto de esos poetas que a menudo traduce quizá con libertades perdonables por sus entusiasmos: Montale, Quasimodo, Pasolini, Ungaretti.

Esos poetas que le van explicando historia, paisaje, gentes, caminos, iluminaciones. En ellos descubre la esencia solar de la vieja cultura que Montale plasma en un terso símbolo: “il girasole impazzito di luce.”

Y H. G. V. nos va dejando sus notas del viaje italiano, de ese “grand tour” que según los patricios británicos era indispensable corona de toda buena educación.

“La tarde en el Ponte Vecchio,
ese canto de Pound
en las orillas del crepúsculo,

la melodía de Puccini
en el piano de la casa ruinoso..."

Ese íntimo "travelogue" donde se mezclan palabras, imágenes, doncellas de Lippi, las arquitecturas convulsas del Barroco, los "putti" de mármol corroído por los ácidos, los pinares cercados por los horrores del "week end", el mar manchado por las exudaciones del continente, la organizada estulticia del turismo, la inconciencia de esa Italia que se divierte con el suicidio, la autopista como una herida, los campanarios y las chimeneas, las mujeres que ya en otra vida han posado para el Veronese, la cocina con riqueza de bodegón, los recuerdos embarazosamente cercanos del fascismo y de la Abisinia negra y lúbrica... esa Italia que exalta como la carnalidad y como la poesía.

"Todos los sentidos despiertos
viejo fauno voraz,
toda la vida al alcance de los ojos..."

De esos ojos que en Italia es pecado mortal tener cerrados:

"Lo que importa
son las iluminaciones,
el movimiento de la sangre,
en el tumulto de las venas,
y los ojos abiertos".

En Roma, H. G. V. encuentra en Rafael Alberti un "maestro de palabras" y un compañero de nostalgias y andanzas. Alberti prolongará con un poema el primer libro de H. G. V.: "Buscando Amor" que publica Losada y que está dedicado a un entrañable amigo, Nacho Arriola, última invención de Valle Inclán.

Pero Italia sólo será un acto hermoso y breve en el aprendizaje poético de H. G. V. Después vendrá Inglaterra como una lluvia que, tenazmente, asesina al verano.

Una Inglaterra triste y magnífica como un hotel de pretérito lujo poblado por los fantasmas de Huxley y de Forster y de un Eliot demasiado frecuente.

Con esa Inglaterra H. G. V. es a veces poco comedido:

"Turbas de italianos, turcos, griegos y franceses,
entran a saco en las tiendas de Oxford Street.
Eduardo VII los atiende con una sonrisa resignada.
Ay vieja isla convertida en tienda.
Los mongoles han consumado su conquista.
Estás ahí vendiendo corbatas
y ofreciendo los cuerpos desolados
de tus strip-teasers".

Pero gradualmente, como una dama casta y silenciosa Inglaterra seduce al viajero. Después de todo aún tiene mucho que ofrecerle en su alacena de memorias; como aquel perfecto romanticismo victoriano:

"En Grasmere visité a Wordsworth;
la inmortalidad jugaba a las cartas
con las hojas secas,
la niebla cubría el lago
e Inglaterra callaba en el crepúsculo".

Como Italia le dio el sol y el arrebató, la isla le hace el regalo maravilloso de sus fantasmas. Un largo poema llamado "Una temporada en el viejo hotel", dedicado a "Stan Hardy, viajante de comercio, vendedor de corbatas, sombra sonriente y destructor de pianos" es una visita a un íntimo museo de cera donde los muertos sólo tienen la consolación absoluta de la nostalgia; este hotel que "navega en las aguas del río" hospeda imponentes espectros literarios encabezados por la pasión de Auden y la irreverencia de Noel Coward que acompañan a viejos veteranos coroneles del "Raj" y damas que ostentan improbables modas mientras escuchan, en el aire muerto, melodías de Youmans.

En éste como en otros poemas de la estancia inglesa, la nostalgia y la sorda melancolía son los sentimientos dominantes, que no excluyen la ironía ni la irreverencia.

Poemas que, sin embargo, me parecen extrañamente frustrados. Sentimos que ese espléndido tema de la decadencia británica y de su nostalgia trufada por el humor se desperdicia en palabras perdidas en la estación de trenes de las múltiples vías poéticas. H. G. V. le debe aún a Inglaterra su poema.

Y pienso que lo hará inevitablemente porque sus afinidades británicas son profundas. A H. G. V. le seduce ese universo perdido de los Treintas melancólicos y patricios donde, en vísperas del final del mundo, florecen bellamente la frivolidad, la tristeza y la autodestrucción. Es el mundo de Scotty Fitzgerald, de la voz inmemorial de la Dietrich, del ingenio demasiado lúcido del ciego Aldous, de las pirotecnias mentales de Russell y de Chesterton, de la neblina iluminada que conduce al Faro woolfiano, del sarcasmo de Waugh, de la amargura católica de Greene. Es el Savoy, y son los trajes perfectos de Seville Row, y son las plazas del Londres elegante deliciosas en su blancura desdeñosa, y es la pareja que danza, que danza, que gira en el negro-blanco del smoking y del vestido aéreo, sabiendo que todo morirá mañana. Es el "gentleman" que va a su ejecución con sombrero de copa.

"I get no kick from champagne.
Mere alcohol doesn't thrill me at all,
So tell me why should it be true
That I get a kick out of you..."

III

"Cuando la tosca llave enmohecida
tuerza la chirriante cerradura..."

López Velarde

España, años después, le dará el boleto de retorno a una intimidad y a una sencillez donde el poeta se pueda curar de literatura y cosmopolitismos. En "Cantos de Plascencia", (Hiperión, México, 1977), H. G. V. alcanza de nuevo la tersura y la contenida emoción de los primeros poemas. Muy lejos de las plazas barrocas y de Roma y de los náufragos hoteles londinenses se encuentra el campo de España que lleva al poeta a una reminiscencia de sus propios paisajes esenciales:

"Ser de un país, tener memoria propia
una infancia en el campo y en el alma
los olores del heno y de la lluvia.
Ser de una tierra, conocer su viento,
saber la hora en que se levantan las estrellas".

En su nostalgia e invención de España, H. G. V. regresa a una literatura familiar como el habla propia, como el propio tempera-

mento. Es España y es México y las gentes cercanas, la abuela y los amigos. El diplomático se queda en mangas de blanca camisa para compartir el pan y la sal de las memorias comunes.

“Yo te soñé, ciudad,
formé tus calles,
disipé tu ruinas,
levanté catedrales en el viento
y coloqué tus piedras inmortales...”

De esa ciudad extremeña que tanto se parece a la ciudad de la abuela y de la infancia del poeta, aquel Lagos de González León, vespéral y monástico.

“El aire de Plasencia, seco, austero,
nos impidió escuchar las voces quedas
de tu piedra dorada.
Pero yo percibí entre la tormenta
una voz que decía todo el secreto
de la ciudad callada...”

Es en esta ciudad de piedra y de silencio donde el poeta quisiera encontrar el reposo elusivo: “Yo sueño que mi vida retirada / apacienta las tardes en tu orilla”.

Poemas donde la lengua es solamente el castellano y no la traducción inglesa o italiana; una lengua cotidiana y transparente, que sirve para expresar las cosas menores y el amor, que en H. G. V., es claro y contenido como la amistad. A esta sencillez pertenecen poemas jóvenes y tardíos en un tema constante.

“Tendidos en la hierba
esperamos el momento
de la siega.
No hay más realidad
que esta pálida espera...”

Sencillez que se condensa en poética concisión:

“El aire es la materia
que suple tus ausencias”.
“¿Qué hacer, Señor,
con esta media alma?”

Porque H. G. V., tan proclive a las elocuencias fluviales y abundantes erudiciones es también un poeta de lo inmensamente breve.

“Hoy me despierto y la desolación
pequeña como flor,
yace en la almohada”.

El amor en H. G. V. está siempre atemperado por la nostalgia y por la amistad. Contra la adicción tan nuestra por las grandes pa-

siones, por los erotismos desbocados, el amor aquí participa del tono menor, de la mesura y del constante sentimiento del tiempo:

“No olvides que hay memorias
más fuertes que un orgasmo.
Tendidos en la cama
viajamos en sentido contrario
y vivimos en el tiempo más verdadero.
Y si nos empeñamos en el ejercicio,
lograremos que el pasado y el futuro
vivan, mueran y revivan
en un instante del presente”.

Un poema a la abuela, sin embargo, traduce su emoción mayor siempre a través de la simplicidad y la ternura:

“Un polvo limpiísimo, casi más fino que el aire de esta mañana,
se levantó cuando abrimos la tumba de la Abuela,
la caja se deshizo, y el cráneo que tenía aún su blanca trenza
cayó con tanta gracia, que la tierra se negó a entrar en él.
¡Quién lo dijera!; tú que tanto temías morirte sola
has pasado diez años en la tumba hablando con tus ángeles,
percibiendo las voces de tantas insolentes primaveras...”

A la abuela, a los amigos, a la mujer que se parece demasiado a una esposa irónica y dulce, H. G. V. dedica sus mensajes emotivos pero jamás olvida la sonrisa y la burla que exorcisa pasiones y solemnidades. Después de todo son Laurel y Hardy sus santos personales. En un poema que dedica a Ernesto Flores (cruza esencial de Oliver Hardy y de González León) H. G. V. nos deja un autorretrato psicológico, un testamento:

“A mi invitación al juego
contestas con una declaración escrita.
A mis saltos chaplinianos
respondes con tu cara de discurso.
A mi tristeza de Buster Keaton
opones tu deseo de subir.
Te saco la lengua amigablemente.

Yo seguiré representando mi farsa.
Quédate con la tribuna aquilina
y que una trompeta ronca
te despida del planeta.
Desde la fosa común te saludaré con mi corbata.
Hasta tu mausoleo llegarán mis proyectiles:
pasteles de crema,
helados de frambuesa”.

El poeta nos deja su burla tierna y acrobática y, *commedia finita*, una banda de músicos fellinescos va dejando en el aire sus estruendos y melancolías.

Poemas de HUGO GUTIERREZ VEGA

CARA I DE NUEVO

Duración:
20' 17"

De nuevo llegas a mi casa.
Conoces el camino
y sabes que mis cosas
se han amoldado a ti.

En el espejo
queda tu reflejo.

En la tarde de la ciudad,
bajo las máquinas;
en la tarde amarillenta
sucia, habitada de sombras,
manchada por las prensas,
vociferante río de niebla
hacia la noche del tumulto;
en la tarde tus cabellos
serán un recuerdo presente.
Yo estaré junto
a tus dieciséis años
y junto a tu fracaso,
a tu cansados días
vividos bajo el humo de la ciudad.
Estaré junto a tu voz pasada
escuchando tu voz presente.
Leeremos nuestra historia
en el libro cerrado
de tu vientre.

HOMENAJE A APOLLINAIRE

La tarde fue perdiendo sus sombras
imprecisas para tomar el manto uná-
nime de la noche. Con ella se fue la
presencia del poeta "mal amado" que
se ocultó en su propia sombra.

1

Tú estas ahí.
llorando en París

y viendo como
tu llanto se deshace y se colora
como el paisaje
de la Gioconda.

Estás ahí
solo ante la guerra
rompiendo tu retrato
y rehaciendo
los rasgos desvaídos
de dos bustos
robados a la sombra.

Estás ahí
con tu intuición
enloquecida
mirando la salida
de los barcos
que llegarán
a Dover.

Estás ahí
en la tarde alcohólica,
cubierto de líquenes
antiguos
quitando el moho
de las estatuas.

Estás ahí
muy cerca
de un paisaje
en el que juegan
dioses ebrios de sal
y sátiros desnudos.

Estás ahí
hablando de la muerte
con palabras destruidas
y pidiendo

la resurrección de un amor
que se te fue a la niebla.

2

El segundo amor fue
como una hoja de laurel.
Conocido en el circo;
fue como una pintura
desdibujada.

Llanto nocturno
de niño que despierta
y vive.

Forma pequeña
hecha para el olvido
indeseado.

Te pintó los ojos
de color violeta
ausencia.

Y se te quedó
estancado el tiempo
en el puente
Mirabeau.

3

Tercera vez, nueva caída;
no llegará tu carta
ni tu poema escrito
en una venda.
No aprenderás el juego,
te entregas demasiado
y cada vez ardes
como si fuera la primera.
Ahora es la estatua trunca
y una fotografía
besada bajo la metralla;
un pequeño recuerdo
para calentar la trinchera
y para fingir
la comedia del miedo
ante los muertos.

4

EPÍLOGO

Reconstruir tu imagen
destruida por el Sena,
recoger tus pedazos
y juntarlos
no tendría fin.

Más descanso
en este olvido
en que te hundes,
este mar que te cerca
y que nos deja ver tu imagen
rodeada de algas,
de cofres y de anclas.

Mejor así:
tu imagen en el agua.

LA ESTACIÓN DESTRUCTORA

¿Dónde te escondes,
oh consuelo del mundo?
Novalis

Agitando las manos hasta llegar
a la agonía perfecta.
Con los ojos abiertos
a las pequeñas cosas,
presintiendo la llegada
de la estación destructora.

El miedo en el jardín
acongoja
al frío de la estatua.

Tendidos en la hierba
esperamos el momento
de la siega.

No hay más realidad
que esta pálida espera
no hay más voces
que las del miedo oculto
tras la sombra
de esta noche interminable
que se desploma
sobre el jardín.

EL LAMENTO DE PADDINGTON

"El lamento de Paddington
es el más negro de Londres."
Canción de la época victoriana.

A Héctor Manjarrez

1

A este lugar vamos llegando todos
poco a poco.
La persistencia de la lluvia
no impedirá que llegemos a nuestras casas
que el tiempo apenas ha tocado.

Aquí están nuestras casas como estaban
en la primavera pasada.
Si acaso una nueva gotera,
un nuevo ruidito de polillas incansables

en el hígado de los muebles,
una nueva mancha de humedad;
la pintura de los muros se mezcla con el agua,
ambas mueven sus lentos pinceles
y aparece una cabeza de caballo
con dos negros agujeros
en el lugar de las miradas.

Es bueno prender la chimenea
y asomarse a la ventana con la bufanda al cuello
—bufanda comprada en 1917
cuando apenas teníamos cuarenta años—
es bueno mirar hacia la calle
y perseguir una faldita corta,
dos piernas delgadas y ágiles
que corren sobre el viejo pavimento.

Nadie logrará echarnos de Paddington.
Todas las tardes daremos nuestro paseo;
caminaremos en dos pies, en tres casi todos,
algunos sobre ruedas;
mostraremos las rojas narices
entre las solapas de un abrigo lustroso,
nuestras manos deformes
bajo la piel exigua de los guantes,
nuestros ojos que tienen el color de la niebla,
nuestros viejos bigotes que apuntan a la tierra.

Algún día saldremos de aquí sin caminar.
Otros vendrán después;
los que ahora son jóvenes
las falditas cortas
y las piernas delgadas y ágiles.
Les dejaremos nuestras casas;
si acaso alguna gotera de más,
una mancha-pintura,
un ruidito de polillas
en la entraña de estos muebles
que fueron, son y serán
mientras que Paddington sea Paddington
y la ciudad esté aquí.

Así sea,
así sea dicho sin rencor,
sin sentido de la historia.
Así sea
de las religiones
y de las palabras que no quieren morir.

2

La Madame Sosostris de Eliot
echa las cartas en Paddington;
me entrega un esqueleto.
Qué buena suerte,
un esqueleto con corona imperial
en este crepúsculo vegetal de Paddington.
Mañana empezaré a dejarme el bigote,
visitaré los pubs

y hablaré en voz muy alta.
Madame Sosostris me dice
que aún puedo beber muchas tazas de té.

Mi cuarto del hotel bajo la lluvia de semanas,
mis zapatos, mi abrigo, todo lo que es mío,
todo lo que soy yo,
mi colección de máscaras para mirar la vida
o para que la vida me mire a mí.
Los poemas que escribo, este contar las sílabas,
la pobre artesanía con que hago mis palabras;
todo se agita bajo la corona imperial.

Si pudiera robar esta carta
la pondría sobre mi cama de hotel
y le diría a la vieja camarera española
que es un recuerdo de familia,
un escudo nobiliario,
una máscara definitiva;
la máscara del día
en que a pesar del silencio en que caeremos,
no lograremos descubrir nuestros rostros.
Estoy seguro de que ella reirá
y me dirá que el café con leche se está enfriando.

3

INTERMEDIO DE UNDERGROUND

ENTRADA

En Paddington
uno, dos, tres, cuatro pasos,
nada sucede;
a la derecha la mujer de trapo,
cinco pasos atrás el peregrino,
más lejos una voz, cuatro silencios
y de nuevo la voz.

De Maida Vale
tres niños, una joven,
un retrato.
En el metro
desfilan los dueños de zapatos
y la muchacha rubia mirará sin mirar;
irán los evangelios entre harapos,
harapos, dos, tres, cuatro,
Paddington, Paddington,
la mujer de trapo.

4

Todos los relojes de Paddington
los almanaques, las agendas,
las cosas color de rosa
para ir haciéndole marcas
al tiempo
se han detenido en una fecha.
Frente a la iglesia de piedra

9

dos policías ven el paso
de tres muchachos barbudos
adornados con flores y emblemas de latón.
De Maida Vale descenden
muchachos con pancartas.
Todas las cosas color de rosa
para ir haciéndole marcas al tiempo
se han detenido en una fecha,
en la realidad del intraespejo.
Afuera los fantasmas con pancartas,
los edificios de cristal,
las calles renovadas no existen,
han sido borradas.
Dentro del espejo
los cuerpos están suspendidos,
se camina sobre nubes de azogue,
las voces son murmullos,
se vive en duermevela;
en los ojos una fecha que viste de blanco,
un sombrero con flores,
el jardín a las cinco.
Sólo esta fecha en el almanaque del mundo
que está vivo del otro lado del espejo.

5

4 a.m.

Al filo de la madrugada
espero la llegada
de este sopor tenso
que me habita siempre
a esta hora no día no noche
desde la época en que aprendí
a rechinar los dientes.

5 a.m.

Duermo.
Ocupo mi lugar
entre las respiraciones tranquilas
de los hombres.

6 a.m.

De labios secos
está hecha esta mañana
que nadie ha pedido.

6.15 a.m.

La calle de faroles amarillos,
el viento entre los árboles,
las aguas del canal.
Caminar hacia el sol que no saldrá.

6

HABLA UNO QUE TIENE 18 AÑOS

Salir de aquí en una madrugada amarillenta,
contar los árboles que pasan por la ventanilla,
—ordenadas hileras del campo hecho por los hombres.

Salir de aquí y contar estaciones,
una, dos, tres;
los anuncios llamando, llameando
entre el verde y los tiernos amarillos
de una tierra increíble
que no existe fuera de nuestros ojos.

Hay que hacer el recuento pasada la tormenta:
aquí los ojos, la nariz rota,
los brazos largos sobre las rodillas,
la barriga caliente, su rumor de vida mortecina,
el ombligo, los órganos sexuales encogidos,
los pies caídos sobre la madera.
Todo está vivo aquí.
No hay tiempo para escribir un poema.
En orden los caminos, el campo,
el trigo amarilleando, el cielo abierto;
a lo lejos el mar que es uno solo
en todas las playas de los hombres.

7

EPÍLOGO

A los hacedores de mitos minúsculos

Porque vamos cantando a la mitad de un día,
moneda blanca hacia el resumidero de la noche,
de la noche de tentáculos largos,
de largos tientaculos,
de voces dentelladas en el infierno-cabaret
de Helena de Troya desdentada y voraz,
más llama que cuerpo, más boca que cuerpo,
garganta negra y sudor caído sobre los párpados
que ya no pueden detenerse.
A la sombra le respondemos con guirnaldas de palabras
tan percederas como este ¡ay!
que ya escribí en esta página y no puedo borrar.

Blandiremos ante ella nuestros fémures,
abriremos las mandíbulas
para demostrar que no sucumbiremos
ante la gran humillación.
Diremos que decir es necesario,
que nada se puede hacer contra la palabra muerta
(la muerta de saliva, de azúcar y estrellitas de papel)
que sólo podemos oponerle nuestro escudo
de palabritas putrefactas,
lápida pero escudo que aferramos y que nos aplasta.

Porque vamos cantando
cantando
odnatnac
odnatnac
tocando las trompetas
danzando con el arca sobre los hombros
bajo las murallas de la ciudad
al mismo tiempo construida y destruida.

Destruyendo odneyurtsed
con este estúpido ingenio de las palabras
que al revés o al derecho
ya no logran derrumbar la muralla.

SAMARCANDA

1

La ciudad azul y blanca
bajo la luna de los mongoles.
Aquí no se mira la luna.
El palacio del emperador inmortal
aparece en la claridad de la tarde.
Estamos parados cerca de las tumbas;
comemos higos con una especie de ansiedad.
Samarcanda tiene un jardín por inventar.
—Ginsberg vio un jardín semejante
entre las piedras negras de México—
Se puede inventar un poema del tamaño del jardín,
comer dátiles y echar los huesecillos
en la tumba del emperador que va a vivir siempre.
Las tumbas no están frías.
En una de ellas cabe la cópula
de un joven y una mujer madura
—pelo blanco y grupa de galera fenicia—
Fuera del palacio los uzbekos venden
semillas de girasol, panalitos, higos.
Desde aquí se levantan el grito de los buitres del profeta
y la torre de Bujara.

Igual que en México, en China
y el Perú,
aquí las voces humanas son huecas
como los caracoles donde el mar se finge mar
en las playas de Cozumel.

2

Ulu-Beg para ver las estrellas
abrió un profundo camino
al centro de la tierra.

3

El muezzin me dijo en su cansancio:
escribirá un poema sobre nuestra ciudad,
dirá que nos conoce al darse cuenta
de que nunca estuvo entre nosotros.
Como respuesta abrí la boca
y devoré un racimo de uvas amarillas.

En la noche soñé que ni el muezzin ni yo
podíamos inventar plegarias nuevas.

4

A las cuatro de la mañana
caminé por el corredor del templo Scha-sinda.
La luna estaba en Dushambé.
Soñé bajo un pedazo de cielo abierto.
La estrella bajó la vista.
Me recorrió el calosfrío claro.

5

Hablar de la ciudad-camino
¿Quién me dice que estuve?

VARIACIONES SOBRE UNA MUJTAJTA DE AL SHA RIF AL RADI

“Pasaré la noche con el inmenso de-
sierto que hay entre mí y el estar
contigo.”

1

Hay una extensión cercada por el cielo,
una inmensa planicie descubierta por la luna,
un campo de flores pálidas
sitiadas por su propio perfume,
una casa en el bosque de los grandes objetos de la noche,
un camino entre los pinos,
el otoño de planetas cercanos,
el lago de orillas blanquísimas,
el violeta tenue en la madrugada del mar,
la pulpa entregada de un fruto
que sobrepasa la medida de la mano,
la noche de la selva,
la madrugada de la altiplanicie
y el corazón de todos los niños de la tierra.
Todo eso, Al-Sharif, todo eso
y “pasaré la noche con el inmenso desierto
que hay entre mí y el estar contigo”.

2

Está lejana la gloria de Al-Andalus,
lejana la tarde de las montañas de Córdoba.
Colocamos todos nuestros bienes,
un puñado de cosas entrañables,
sobre la frágil estructura
que levantan los hombres en la tierra.
Todo está tan lejano, Al-Sharif.
Queda este enorme cansancio,
la débil certeza de no saber nada,
de no querer ya nada,
de conformarnos con esta tarde en la playa
y con los ojos pálidos del mar,
los que no ven,
los hechos para ser contemplados.

3

Era el tiempo en que se nos abría el paraíso
en todos los minutos del día.
Días de minutos largos,
de palabras recién conocidas.
El ojo de la magia les daba una iluminación irrepetible.
Y sucedió después que el paraíso era un engaño de la luz,
que a los amigos les bastaba un segundo para morir,
que los amores llevaban dentro una almendra agria.

En la noche el paraíso sigue abriendo su rendija,
un fantasma de la luz,
el que hace que los amigos estén siempre aquí,
que los amores se conformen con su almendra agria,
que el corazón no rompa a aullar en la montaña.

4

Esa noche escuchamos el graznido de los cuervos del destino
presagiando la partida.
Esa noche que, aunque siendo de verano, nos impidió pasar
las horas en el terrado escuchando la voz del poeta joven.
Esa noche los lobos anduvieron cerca de la casa y al inicio de la
madrugada las flechas sombrías se clavaron en la puerta.
Se escuchó el gemido de las gacelas perseguidas por la sombra y
se agrió la leche en los pechos de las madres.
Rodearon los presagios el lecho de la madrugada y el nuevo día
nació llorando.
El viento dijo que la separación se acercaba a la puerta.

Los cuervos no graznaron en vano:
antes de que el sol descubriera una pequeña parte de su rostro la
casa quedó vacía.
Desde el terrado te vi correr hacia la montaña. Se fue perdiendo
la música de tus ajorcas.

Ahora la pena ocupa nuestro lecho.

Cómo encontrar reposo durmiendo sobre los guijarros de la soledad
no deseada.
Cómo vivir con la certidumbre de que la ausencia ha puesto sitio
a nuestra casa ya en sombra.

CARA II
Duración:
20' 17"

SUITE DOMÉSTICA

"Margot está en la ventana."

I

Te digo que quiero quedarme
a vivir en la ducha.
No comprendes de inmediato,
pero después te ríes
y tus dientes son compasivos
e irónicos.
Tienen la complicidad
de los quince años juntos.

Te digo que no quiero salir de la ducha
y tú, sentada junto a la ventana,
cepillas tus cabellos
pausadamente.

Desde la ducha te envió mi despedida,
y el torrente organiza
el trágico naufragio del jabón.

II

"Una ofrenda
de dos que aunque pecaron
han vivido."

Mientras me dices
que ya estás cansada del café,
de los huevos fritos
y de la pedagogía activa,
haces cuentas, las siempre
equivocadas cuentas optimistas,
y te ríes de lo que pasó anoche.

Me dices que convendría copular.

(Una luna de agencia de viajes
anda sobre los edificios.)

Esta semana se cayó un cuadro
y un amigo derrotó al viejo sillón.
La casa peligra... copulemos.

III

"Todo fue brillante
menos el final."

Porque soy un señor domesticado
que escribe versos
y gesticula en los parques,
digo que nada pido.

La vida ha derramado su cornucopia
sobre mis zapatos.
Tengo un auto, dos trajes,
diez pañuelos, y me puedo comprar
nuevas corbatas.

Me inquietan las jornadas submarinas.
Sé volar y lo hago raras veces.

Aquí paré mi tienda. Sólo espero
esa fiesta nocturna. Me moriré
cuando el placer termine.

"La vita non é sogno"

IV. DECLARACIÓN FINAL

"Irascor tibi sic meos amores?
paulum quid lubet allocutionis,
maéstius lacrimis Simonideis."

Exploro el domicilio. Me gusta
este desorden vivo.
Cuando la casa siente
que se pega a la tierra
empieza a protestar,
decide irse,
y los libros se llenan de humedad.

Dos veces vimos ya la misma arena.
Nunca somos los mismos.
Es tiempo, amada gente, de largarnos.

UNA TEMPORADA EN EL VIEJO HOTEL

[NOTAS SOCIALES]

*A Stan Hardy, viajante de comercio,
vendedor de corbatas,
sombra sonriente
y destructor de pianos,
con el agradecimiento de su alumno
que mucho lo quiere y verlo desea.*

I

El día gris es perfecto. Anuncia nieve el diario y en el hall las viejas señoras revolotean con los ojos inquietos, llevando en las manos pastillas para el resfriado y el reumatismo. El Coronel Maugham arregla su bigote, y Henry James prepara el equipaje para regresar a la casa de campo. Peter Quint y Miss Jessel esperarán en la terraza jugando con la tortuga, mientras Flora hace el amor en el bosque sin que sus faldas se arruguen, sin que Miles se entere, sin que la nueva institutriz pueda mostrar las mejillas del escándalo. Pasa Noel Coward; diríase que baila con aquella señora de la espalda desnuda. Groucho Marx será el orador de la cena anual. T. S. Eliot informó que no podía asistir; pretextó gripa, pero todo el mundo sabe que está paseando en trineo con su primo el archiduque, y que muy pronto partirá hacia el sur.

Corre el año de 1930
hoy, diciembre de 1975,
en el viejo hotel
asomado al río.

II

Misteriosa en su gastado abrigo de pieles
y su turbante verde, la señora de pelo rizado
abanica el aire con sus viejas pestañas.
Su mirada me traspasa para perseguir a Douglas Fairbanks,
que avanza por el corredor con un ramo de violetas de parma;
lo pone a los pies de la dama y la orquesta toca un fox lento.
Desaparece la tarde.
Un halo de niebla fosforescente cubre a los amantes.
La dama gorda toca el piano,
y en la pantalla el beso
dura cincuenta y tres años.

III

En el salón de té,
música de Youmans
toda la tarde.

En los ojos,
el furioso apego a los días
que recorren la calle
junto a las hojas secas

de este nuevo invierno
de Europa.

IV

La orquesta convierte en fox la samba de Guanabara
cuando apareces, pequeña y frágil, en tu uniforme de la escuela.
Qué absurda suena la canción latina bajo las arañas de cristal.
No eres tú la que entra en el salón
ni ese enorme escocés es tu padre.
Sin embargo ordeno tu entrada y apareces.
Al levantarme la escena se descompone.
En el invierno de 1975
la nieve cubrió los divanes del hotel
y desapareciste.
La señora Templeton acompañada de su nieta cruzó el salón,
y la orquesta con sus fracs remendados
tocó de nuevo "more than you know".

V

El hotel navega en las aguas del río;
parpadean sus luces y la ciudad naufraga
en la melcocha de navidad.
La eternidad recorre los pasillos
con su cuello alto y sus mitones polvorientos.
Se descascaran los juramentos de amor,
y al paso de los amantes.
caen pedazos de yeso y guirnaldas secas.
La eternidad vacila al abrir la puerta,
—Rosalinda, nos miran las estrellas—
y el tiempo cruje este fin del año 1930,
mientras 1976 abre la puerta al señor Eliot
que tiembla y sonríe bajo la nieve,
esperando las lilas
de la puntual primavera de Verdún.

PARA LA ABUELA, QUE HABLABA CON PAJAROS CREYÉNDOLOS ANGELES

I

La Abuela abría las puertas de la mañana;
entraba el sol por el balcón cerrado
y un rayo se pegaba a sus gafas solares.
El día andaba ya por los corredores
abrillantando las plumas del pájaro ciego,
jugando un rato con los peces anhelantes
en su marecito engañoso,
y con el caracol de filos negros
en su playa de cristal.
La claridad giraba por los cuartos vacíos
y se escondía entre las cortinas.
De las gafas de la Abuela brotaba el día
y bajo mi cama se enroscaban los vientos.
Cerraba los ojos y regresaba al sueño.
Las sábanas me daban una noche que sólo existía ahí
y que se prolongaba por unas horas,
mientras la mañana maduraba

y se caía a pedazos en las calles de color naranja
y en el cielo azul y tonto de los trabajos para vivir.

II

Un polvo limpiísimo, casi más fino que el aire de esta mañana
se levantó cuando abrimos la tumba de la Abuela.
La caja se deshizo, y el cráneo que tenía aún su blanca trenza
cayó con tanta gracia, que la tierra se negó a entrar en él.
¡Quién lo dijera!; tú que tanto temías morirte sola
has pasado diez años en la tumba hablando con tus ángeles,
percibiendo las voces de tantas insolentes primaveras.
"La muerte es grande" dices, y la vida se concentra en tu trenza.
No hemos perdido nada. La mañana sigue entrando a la casa;
entrando sin cesar.
Si nada cesa tú nunca cesarás.
La muerte grande te besó en las mejillas
y nosotros lloramos y reímos.
Estábamos contigo.
Tu memoria no se detuvo nunca.

III

Ciudad que entre mis sueños cobijada
eres siempre mejor de lo que eres.
La luz de tu cercana madrugada
asesina la noche que prefieres.

Yo sueño que mi vida retirada
apacienta las tardes en tu orilla.
Te vi en mi juventud desmelenada,
ahora me fundo con tu propia arcilla.

Soñé, Ciudad, y el sueño inauguraba
mi voluntad de ser sin desconcierto.
En la noche tu luna levantaba

la esperanza de ser sin movimiento.
La tolvanera que me diera el viento
en mi vida tu calma disipaba.

II

El vendaval
que tiene a Extremadura
cogida por el cuello,
trajo sueños de un tiempo acongojado.
¿En qué caverna fraguóse el material
de estos delirios
que a todos lastimaron?
¿Qué presencia sin rostro
dispersó por los cuartos sus airados lebreles?
La aurora entró.
Nosotros, mudos,
vencidos por el ángel más terrible,
sentimos su mirada.
¿Es la tormenta la feroz autora
de estos sueños rugientes?

¿O, tal vez, sólo es cómplice del ángel?
Vendrá la paz.
Sobre Plasencia
el viento sembrará sueños mejores.
Los de ayer fueron hijos de la lluvia,
de esta larga tormenta
que el aire rompe
y que a la tierra enturbia.

I

Cuando el mismo suspiro del ratón macilento
arañe la corteza de la casa
y el buho arranque pedazos de noche
con su pico curvado y amarillo;
cuando la soledad sea placentera
y el aire tibio ya no diga nada;
cuando el sol sea una manta
para las piernas ateridas
y las manos descansen sobre el tumor,
la conciencia servirá para hacer vendas
y el cerebro se irá de paseo
para cortar biznagas en el monte.
En ese cuando, miraré los barcos
en los que nunca iré;
desmenuzaré las cartas amadas
y sus pedazos caerán,
como una lluvia de primavera,
sobre las hojas podridas.
Amanecerán las horas embalsamadas
y no traerán más que sus manos mudas.
En el lomo plumoso de un mar inmutable
cabalgarán mis ojos
y la noche
encenderá hogueras en el bosque.
Será hermoso perderse entre los árboles esqueléticos
para despertar amortajado por el rocío,
mientras las vacas son ordeñadas
y el día ordena sus rebaños,
bajo las manos cálidas
de un viento que cortará las ramas del laurel
para que no me veas.

RAJIL DEL CAMINO DE PETRA

Los colores, dios, los colores
no son de la tierra,
no están en ninguna pintura,
en ningún paisaje...
el ocre es sideral,
los blancos son impuros,
el rojo debe haber llegado
de alguna estrella muerta
y ese azul
no recuerda
ni al cielo, ni al mar
ni a las primeras flores del año.

Este camino
inventó, destruye

y reinventa sus colores.
Nada está fijo.
Petra a lo lejos
es un engaño de la tarde,
una ciudad habitada
por millones de hombres,
viva, colorida,
tendida sobre un crepúsculo
más humano que el de todas las ciudades vivas.

VII

ODA LITÚRGICA PARA "LA MUJER DE ÁMBAR"*

"Il tuo splendore é aperto"

E. Montale

Como hecha de ámbar
giras sobre la tierra.

No sé hasta dónde
pueda llegar
esta ansia de buscarte,
esta cansada desesperación
nacida de tu huída.

Hoy fue una noche grave,
anunciadora de la muerte,
la que me obligó a asirme
de tu imagen huyendo.

Mañana, el día con sol
hará que no te piense
y, sin embargo, estarás ahí,
oculta entre las cortinas
y tu cuerpo de ámbar,
tu gran coño frutal,
tus oscilantes uñas,
tus labios inventores,
tu carne de mujer mujer,
tu entrega entera,
tu manera de apoderarte
de los momentos,
tu forma de coger y ser cogida,
tu certeza de vida en la mañana,
tu inocente, santa, bendita,
sacrosanta, litúrgica, teológica,
óptica, acústica,
olfativa, gustativa fornicación,
levantará las sábanas
abrirá las ventanas,
benedicirá la carne,
entronizará el gozo
y santificará la noche humana.

IX

La atmósfera triunfal
que rodea tu cuerpo,

* Ramón Gómez de la Serna.

el aura delicada
que flota en torno
de tu cuello enhiesto,
tus senos de africana
con su justa caída
y tu pubis trémulamente alzado.
Construíste tu cuerpo
en el espejo
y, lentamente,
fuiste haciendo
el fiel retrato de ti misma
y de tu alma.
Ahora, tendida, hablas de los demás
(rara vez cometes la inelegancia
de hablar de ti misma).
La risa es tuya,
sale de tus ojos,
vuela por la estancia,
me contagia
y regresa a tus ojos.
Te reinvade
y vibra entre tus dientes
como una cucharilla
para el té cotidiano.

Contigo se ríe,
te ríes de mí,
me río de ti,
nos reímos del tiempo y de la noche.
—Dos calaveras de azúcar
nos acompañan sobre la mesa de vidrio—.
Mientras ríen tus senos
mi corazón se detiene
al ver que pasa
un ángel no previsto
y que la tarde se nos va.

POEMA DE ALABANZAS A JULIETA-SONIA

*A Julieta Egurrola por su actuación
en El tío Vania.*

En el húmedo refugio de la corteza de los abedules
se guarda el movimiento de seres que vivieron,
amaron, no fueron escuchados, murieron,
y la misericordia dio la tierra a sus miembros fatigados.

Nada sabía de Sonia hasta que tú, Julieta amiga,
la trajiste al mundo.
Le diste tu alto cuerpo, tu mirada viva;
de tu voz emergió la mujer pálida,
vibró en el aire extraño
y se entregó a las turbias esperanzas.

Un dolor especial te ilumina las manos
y yo, comparsa viejo, veo tu cuerpo de música,
tu afilada garganta, tus músculos danzantes y tiemblo...

Julieta-Sonia, ave en el escenario, raptó,
cuerpo obediente a la orden del fantasma,

tiemblo ante lo que sabes
y yo tenía olvidado.

Entre los abedules nada se descompone;
todo se modifica de manera profunda.
Sonia, Julieta, ave...

III

Bajo la luz plena, alta, ardiente
del medio día maduro,
las muchachas juegan.
Juegan con sus amores apenas nacidos,
con sus corazones de harina tierna,
con sus cuerpos que, de un día a otro,
se abren como esas grandes flores del trópico
sorprendidas por el inmenso sol.
Juegan en la tarde y cuando sale la luna,
mientras los hombres y las fieras regresan a sus cubiles
después de un día de mordiscos, sudores y penas disimuladas
por el estrépito de los quehaceres.

Las muchachas juegan,
sus largas piernas brillan
con las primeras luces de la noche.
Sus pequeños senos creciendo
y sus caderas redondas por obra y gracia de la luna.
Mientras jueguen habrá consuelo en la tierra
y un aire misterioso como la vida verdadera
mejorará las noches.
Las pequeñas mujeres,
nuestras señoras de las consolaciones,
crecen mientras la luna nos envuelve
y el aire dice que todo esta hecho
para este juego de gozar creciendo,
de dejar de crecer gozando,

porque la noche y los hombres saben
las palabras y los actos del amor.

V

AMOR Y POP CORN

Hubo un momento
en el que renunciamos a todo lo dicho;
nuestro deseo era escapar
de los lugares comunes,
abominar de la melcocha sentimental,
inaugurar palabras,
girar en un laberinto perfecto
y lleno de sensaciones frías,
bien meditadas, completas, exquisitas,
alejadas del tiempo, nuevas, antiguas,
clásicas, románticas...
no lo logramos;
son las seis de la tarde,
sobre nosotros brilla
un crepúsculo en tecnicolor
y a nuestro lado se besan
William Holden y Jennifer Jones.

Te abrazo y digo, con voz cachonda,
algo sobre tus "sparkling eyes",
mientras tú ronroneas: "hold me tight"
y del kiosco llega una canción de Doris Day.

Te ofrezco mucha resignación.
Somos iguales a todos.
Te regalaré una enorme bola
de algodón azucarado,
antes de que, contra los montes de Singapur,
aparezca, entre nubes rojas,
el inevitable "The End".